

presentara como prueba el haber dejado intacto el artículo de la Constitución que prohibía al monarca emprender guerra alguna ofensiva sin el consentimiento de los Estados, con lo cual quedaban, según decía, completamente ligados él y sus sucesores. Estas protestas sorprenden en alto grado si se tiene en cuenta que, pocos años después, el referido artículo fué violado y que un segundo golpe de Estado introdujo varias otras modificaciones en la Constitución.

Las cartas que en aquel tiempo se cruzaron entre Catalina y Gustavo, son afectuosas en extremo, reflejándose en ellas la afectación francesa y el tono de la cortesía diplomática. Gustavo excitaba a la emperatriz para que unida a él pudieran consolidar la paz de Europa, diciendo que se consideraría feliz si en esta tarea le tenía por admirador, amigo y pariente. Envió además para la emperatriz y para el gran duque Pablo coches y caballos; y cuando nació el segundo hijo de Pablo se ofreció a ser su padrino y recordó a la emperatriz las bromas que de sus labios había oído durante la temporada que había pasado en su compañía. Catalina le escribió acerca del método de educación que empleaba para su nieto, el que después fué el emperador Alejandro I, y le dió algunos consejos acerca del modo de educar al heredero de la corona de Suecia. El rey solicitó de la emperatriz permiso para llamarla *sestra* (hermana) y le rogó le llamara a él *brat* (hermano). Cuando ocurrió la inundación de la capital rusa, Catalina hizo mucho para mejorar la situación de los que estaban en peligro, y Gustavo, recordando esto, le escribía: «Cada uno de vuestros actos, aun los de menos importancia, es para nosotros (los demás príncipes) una lección.» Catalina, que estudiaba la historia de Suecia, suplicó a Gustavo le indicara obras históricas: el rey le envió un índice, formado por él mismo, de los libros que le recomendaba y se deshizo en alabanzas sobre su aplicación. «Yo dudo, escribió Catalina, que vuestros investigadores históricos de Fach, conozcan la historia de Suecia tan bien como vos. Yo no veo en vos un rey—los reyes, como todas las personas de alta categoría, saben de todo sin haber aprendido nada—sino un historiador, uno de los más dignos miembros de mi Academia de Ciencias (1).» Cuando la muerte de la madre de Gustavo, Catalina envió a este un sentido pésame (2); y el rey, por su parte, suplicó a la emperatriz que permitiera al gran duque y a su esposa detenerse en Estocolmo a su regreso del viaje que habían emprendido por la Europa occidental (3).

En 1783 tuvo efecto, en Frederikshamn, la segunda entrevista entre Catalina y Gustavo; pero así como la permanencia de este en San Petersburgo en 1777 había durado un mes, la estancia en Frederikshamn solo fué de algunos días. Catalina creyó que su primo había jugado en aquella ocasión con dos barajas: su inclinación a Francia, según ella creía, le había inducido a hacer, por medio del campamento militar de Tawastheus, una especie de demostración política contra Rusia, procurando al mismo tiempo destruir, con su visita a Catalina, los temores que le pudiese inspirar la conducta de Suecia.

La impresión que Gustavo produjo en el ánimo de Catalina tampoco fué esta vez favorable. El rey cayó en cierta ocasión del caballo y se rompió un brazo, y con este motivo escribía la emperatriz a Potemkin con cierta sorna que Alejandro de Macedonia nunca se había caído del caballo delante de su ejército. La frivolidad de Gustavo, la importan-

(1) Véase la carta en muchos puntos de la obra *Papeles dejados por Gustavo III*, 1843. Ssolowieff, *Ruina de Polonia*, 184.

(2) *Cartas y documentos de Catalina*, publicados por Bytschkoff, pág. 22.

(3) *Ilustración de la Sociedad histórica*, IX, 102.

cia que daba a la etiqueta, el cuidado que ponía en su traje y en el de los que le acompañaban, eran objeto de burla en las cartas que la emperatriz escribía a José (4). Catalina decía a Potemkin que Gustavo encontraba un placer en contemplarse delante de un espejo (5).

También Gustavo, al encontrarse poco después con el gran duque de Toscana, manifestó cierto descontento por aquella entrevista (6). Entre tanto se susurraba que el rey hacía algunos preparativos; y en una ingeniosa carta que la emperatriz le escribió a Venecia, donde entonces se encontraba, le decía: «Se murmura que V. M. hace preparativos secretos para apoderarse de Noruega. No doy crédito a la noticia y menos al rumor que me supone amenaza de una invasión en Finlandia, donde se dice que V. M. se propone destruir mis débiles posesiones y desde donde piensa dirigirse hacia San Petersburgo, probablemente para comer allí aquella noche. Como yo no doy importancia alguna a las conversaciones, en las cuales para dar prueba de ingenio se olvidan las cualidades principales de toda buena educación, como son la verdad y la posibilidad, digo simplemente a todo el que quiere oírlo que no sucederá lo uno ni lo otro (7).»

La emperatriz escribió también a Potemkin acerca de las «insensatas empresas del rey de Suecia» y le participó, al propio tiempo, que tenía preparadas algunas tropas y artillería para mantener la seguridad en Finlandia (8). Por entonces entabló Gustavo III negociaciones con Francia para saber hasta qué punto podría contar con el auxilio de esta potencia en el caso de una guerra con Rusia. A su regreso a Suecia hizo ostentación ante el gobierno francés de los grandes medios de que disponía, tanto que Luis XVI tuvo que advertirle que no diera ningún paso impremeditado. Francia tenía gran interés en que la paz no se turbara (9).

En la primavera de 1784, detúvose Gustavo algún tiempo en Finlandia; y en 1786, un general ruso recorrió toda aquella provincia, inspeccionando el terreno, para el caso de una guerra, y también con el fin de estudiar la opinión de los finlandeses respecto de Suecia (10). La conducta de los embajadores rusos en Estocolmo continuaba siendo amenazadora, lo mismo cuando estaba allí Ostermann que cuando estuvieron Simolin, Morkoff y Rasumowsky: siempre subsistía la misma alianza entre el representante de la política rusa y los derechos e intereses de la nobleza sueca. Gustavo exigió la destitución de Morkoff, pero pronto hubo también de alejar de Suecia al conde Rasumowsky. Conforme a las tradiciones de la diplomacia rusa, los miembros de la oposición se reunieron durante la Dieta de 1786, en casa del embajador ruso, y los Brahe y los Fersen veían apoyada su conducta, hostil a su rey, por el propio embajador. Decíase que uno de los principales representantes de la nobleza finlandesa, el baron de Sprengtporten, había prestado, en la época de la Dieta, importantes servicios, llegando hasta el punto de descubrir al príncipe Potemkin los planes de defensa del gobierno sueco que él mismo había trazado algunos años antes. Poco después de cerrada la Dieta, entró Sprengtporten al

(4) Arneth, 209. Acerca de un cuadro que representa la entrevista y que fué pintado por encargo de la emperatriz, véase Castera, II, 175.

(5) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXVII, 266.

(6) Véase la carta del conde Mocenigo en el *Archivo ruso*, 1879, I, 85.

(7) Herrmann, *Gustavo III y los partidos políticos en Suecia*, en el *Dietario de Raumer*, 1857, pág. 386.

(8) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXVII, 334-336.

(9) Véase el examen de las relaciones de Suecia con las demás potencias, en mi citado trabajo, pág. 326.

(10) Posselt, *Gustavo III*, pág. 339.

servicio ruso para influir en la separación de Finlandia de Suecia. Puede, pues, ser comparado con Patkul (1).

Era preciso que el rey hiciera algo para que cesara aquella agitación, y solo una guerra afortunada contra Rusia podía poner freno a los desórdenes de la nobleza. Era preciso establecer en el interior y en el exterior una dictadura militar; y en este sentido la guerra de 1788 fué una continuación y una consecuencia del golpe de Estado de 1772.

Desde el año 1739, existía entre Suecia y la Puerta un tratado de alianza para el caso de una guerra contra Rusia, tratado que había caducado por completo, como lo prueba el hecho de no haber tomado parte Suecia en la guerra ruso-turca de 1768-74. Pero como en 1788 lo que interesaba era encontrar un pretexto para la guerra ofensiva contra Rusia, Gustavo III se apoyó en aquel tratado, el cual imponía a Suecia, como aliada de los turcos, el deber de salir a la defensa del imperio otomano. El embajador sueco en Constantinopla fué entonces tratado con grandes consideraciones, y Gustavo hablaba repetidas veces y con gran ostentación de los subsidios que pretendía haber obtenido de los turcos; pero lo cierto es que los tales subsidios se pagaron tarde y mal (2).

La circunstancia de que Gustavo, como aliado de la Puerta, se encontrase dispuesto a hacer la guerra contra Rusia, le valió gran consideración ante los ojos de los gabinetes de Londres y de Berlín, que se manifestaron dispuestos a auxiliar a Suecia, en la lucha, con hombres, buques y dinero. Francia se mantuvo ajena a estas combinaciones, pues deseaba evitar la guerra, y en un documento francés la aproximación de Suecia a Prusia y a Inglaterra fué calificada de funesto extravío de un amigo desleal (3).

Los subsidios de Francia habían permitido a Gustavo, durante los últimos años, aumentar considerablemente su ejército y su escuadra. El rey sueco creía a la sazón poder estar seguro de la alianza inglesa y prusiana, pues las potencias europeas pensaban que el constante engrandecimiento de la Rusia era una violación, una destrucción del equilibrio europeo, y consideraban llegado el momento oportuno de poner ciertos límites a la situación que aquella potencia ocupaba en Europa. Gustavo podía conquistarse el agradecimiento de las potencias europeas prestando auxilio a Turquía, evitando nuevas desmembraciones de Polonia y humillando, además de la Rusia, al aliado de esta, al emperador José II.

Peligroso é ilegal proceder era el de Gustavo declarando la guerra ofensiva sin el consentimiento de los Estados de su reino: el golpe que intentaba era atrevido como todos los golpes de Estado. Considerábase imposible lograr que Rusia se mostrara agresora, y de aquí que solo rápidos triunfos pudiesen hacer olvidar aquella violación del derecho.

El embajador sueco en San Petersburgo, Nolcken, había participado al gobierno de Gustavo que en Rusia reinaba el mayor desorden en la administración pública, y Gustavo exageró por su parte la excelencia de sus aprestos y depreció los de su enemigo. Cuando la escuadra de Orlog salió del puerto de Karlskrona (29 de mayo, 9 de junio, de 1788) la tripulación no conocía el objeto del viaje. Los preparativos se habían hecho con el mayor sigilo.

Cuando Catalina tuvo noticia, en marzo de 1788, de los preparativos que hacía Suecia, en el colmo de su indigna-

(1) Véase mi citado trabajo, pág. 342.

(2) Chrapowitsky, 2 de julio de 1788. *Memorias de un oficial sueco*. Manuscrito de la Biblioteca imperial de San Petersburgo. Acerca de estas fuentes, véase mi trabajo en la *Revista histórica*, XXII, 317.

(3) Geffroy, obra citada, 662.

ción mandó leer ante el Consejo del Imperio una carta en la cual, entre otras cosas, se demostraba que la emperatriz Ana Ivanowna, en ocasión análoga, había amenazado con no dejar piedra sobre piedra en Estocolmo (4). Pronto se supo que Gustavo propalaba la noticia de que Rusia quería atacar el puerto de Karlskrona, y que recibía subsidios de los turcos. La emperatriz, sin embargo, no creyó verosímil que estallara la guerra: «Yo no atacaré y él no hará más que ponerse en ridículo», decía la emperatriz en 28 de mayo, y a principios de junio participaba al príncipe Potemkin que el gran duque Pablo iba a emprender un viaje al Sur, con el objeto de tomar parte en la guerra turca.

Catalina estaba muy afligida. «El estado barométrico del humor de la emperatriz, como dice Chrapowitsky en su Dietario, no era sereno:» estaba encolerizada y se deshacía en lágrimas (5), y subió de punto su indignación cuando se esparció el rumor de que la escuadra sueca se había presentado delante de Reval. Esta fué una falsa alarma, pues se tomaron por buques de guerra algunas embarcaciones mercantes. La emperatriz estudiaba el mapa de Finlandia, daba prisa para que se activaran los aprestos de la escuadra y hablaba con calor de los correos que desde Suecia eran enviados al baron Nolcken. «¿Será tan loco, que quiera atacarme?» preguntaba a su secretario particular, el cual, con la Constitución sueca en la mano, le contestaba que la Constitución impedía al rey promover una guerra ofensiva, y que de esta circunstancia debía sacarse partido para conservar el apoyo de los aliados de Rusia, es decir, de los nobles de Suecia. Las cartas de la emperatriz a Potemkin demuestran la gran intranquilidad que sentía en aquella época (6).

Hablaba de Gustavo III como de «un cerebro algo desarreglado» y decía a Nolcken que era una «locura» que el rey «comenzara», añadiendo que era de esperar que la nación se opondría a la empresa. Lamentábase, además, de que Potemkin no estuviera presente para ayudarla con sus consejos.

Un despacho del embajador ruso en Polonia, Stackelberg, decía que de las cartas prusianas y suecas que había abierto y leído por orden de la emperatriz, se deducía que Gustavo estaba decidido a la guerra, queriendo solo salvar las apariencias y fingir que el ataque había partido de Rusia y no de Suecia; que esperaba apoderarse de Finlandia, Estlandia, Livonia y Curlandia y que quería dirigirse tranquilamente a San Petersburgo para obligar a la emperatriz a que firmara la paz é hiciera ciertas concesiones. La noticia de que Gustavo había puesto los ojos, entre otras ciudades, en Cronstadt causó gran indignación en los círculos que más cerca se encontraban de la emperatriz.

Rusia estaba muy mal preparada para la defensa: todo el Norte se encontraba sin tropas, y entonces se pensó en destinar a la defensa de la capital septentrional una parte del ejército que Potemkin tenía en el Sur (7). Concibióse también la idea de dirigir un golpe de mano sobre Estocolmo (8), cifrándose grandes esperanzas en el desorden que reinaba en Suecia y en el antagonismo que entre la nobleza y el rey existía.

En este sentido, el conde Rasumowsky, en una enérgica nota en que se pedían explicaciones acerca de los prepara-

(4) Chrapowitsky, 22 de marzo de 1788.

(5) Garnowski, *Dietario*, en la *Russkaja Starina*, XVI, 20.

(6) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXVII, 481-483, 487.

(7) Besborodko a Potemkin, en la *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXVI, 293. Dictamen de Besborodko acerca de las medidas que debían tomarse, en la *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXIX, 513, 517, 17, 26.

(8) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXIX, 23.

tivos de Suecia, decía que la emperatriz declaraba al ministerio del rey «y á todos los que en aquella nacion tuviesen alguna participacion en el gobierno,» que queria la paz y que «tomaba vivo interés en la conservacion del órden en Suecia.» Rasumowsky para dar mayor publicidad á su nota se valió de la imprenta, lo cual acabó de indignar al rey, pues aquello era apelar de su conducta ante la opinion pública de Suecia, y segun él decía, ponerse Rasumowsky entre él y el pueblo. En su consecuencia, dispuso que el embajador ruso abandonara incontinenti el territorio sueco (1).

Cuando Catalina dió cuenta de todo lo sucedido al conde Segur, este observó que lo notable del caso era que el embajador de una soberana absoluta pusiera tanto empeño en conservar la independencia de una nacion, hasta el punto de que el rey de esta nacion independiente llegara á creerse ofendido (2).

En las notas diplomáticas, en las cartas particulares dirigidas á terceras personas y en los manifiestos, Gustavo y Catalina se atribuían el uno al otro la culpa de todo. La cuestion se enmarañaba cada vez mas: Gustavo no queria la paz y Catalina no tenia esperanza alguna de conseguirla. Podían, pues, dejarse á un lado las consideraciones.

Con ocasion de cierta nota que desde Finlandia envió Gustavo á la emperatriz, dijo Segur que ni el sultan se hubiera atrevido á usar semejante lenguaje para con su vasallo, el hospodar de Moldavia. Un contemporáneo dinamarqués dice que ni Federico II al frente de un ejército vencedor y con el tesoro lleno hubiera tenido la audacia de imponer unas condiciones de paz, que mas que tales eran una declaracion de guerra.

Gustavo pedía: el castigo de Rasumowsky, la anexión de Finlandia y Carelia á Suecia, la devolución de Crimea á Turquía como medio para restablecer la paz entre esta y Rusia, y la supresion de los aprestos militares de esta potencia.

El mismo embajador prusiano en San Petersburgo, Keller, al leer aquel documento dijo que era una locura escribir en tales términos (3). La idea de la victoria próxima había embriagado de tal modo al rey, que creía seguro el triunfo, y se había atrevido á decir que derribaría la estatua de Pedro el Grande erigida en la plaza de Isaac, en San Petersburgo. Gustavo además invitó á las damas de la corte de Suecia á una fiesta religiosa que se celebraría en la catedral de la capital rusa y á un baile que se daría en Peterhoff: llamábase salvador de los turcos y restaurador del equilibrio europeo, y pensaba en que su nombre sería celebrado en Asia y Africa.

Catalina llamaba á la nota del rey «la nota insensata (4)» «producto de un cerebro exaltado» y de «loco.» Segur decía en broma: «El rey, segun parece, ha tenido un hermoso sueño y ahora cree que ha conseguido tres victorias,» á lo cual repuso Catalina: «Y aun cuando hubiese conseguido tres grandes victorias y se hubiese apoderado de Moscou y de San Petersburgo, yo le enseñaría lo que una mujer dotada de enérgico carácter y al frente de un pueblo valiente y adicto puede hacer todavía de las ruinas de un gran imperio (5).»

En una declaracion de 21 de julio de 1788, que hizo pu-

(1) A pesar de esto, Rasumowsky permaneció algunas semanas en la capital sueca, al paso que Nolcken, tan luego como le fué intimada la órden de expulsion abandonó San Petersburgo.

(2) Segur, *Memorias*, III, 366.

(3) *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XXIX, 30. Véanse los detalles en mi citado trabajo, pág. 364.

(4) *Archivo ruso*, 1872, pág. 2079.

(5) Segur, *Memorias*, III, 371, 372.

blicar Gustavo en los periódicos extranjeros, exponía una serie de acusaciones contra la emperatriz y censuraba duramente la política rusa, apoyándose en lo sucedido en Curlandia, en Polonia y en Crimea. Aquel lenguaje era á propósito para encontrar eco en Occidente y venía á ser una defensa de todos los Estados vecinos de Rusia y por esta amenazados. Gustavo sometía su causa al tribunal de la Europa, donde podía hacer cierta fuerza la prueba del espectro del engrandecimiento de Rusia, por todos temido, y de la sed de conquistas de Catalina.

Esta hizo tambien uso de la pluma, escribiendo versos franceses en los cuales se hacia burla del rey. No contenta con haber hecho salir á la escena en el teatro de Eremitage la caricatura de Gustavo III, ni con haber hecho representar ante la corte y los embajadores extranjeros una ópera cómica (6), escrita por ella, se atrevió á entrar en una polémica formal. En las *Observaciones y aclaraciones* á la declaracion sueca, folleto que mandó imprimir y traducir á varios idiomas y que repartió con profusion, expuso una considerable serie de argumentos para rebatir las proposiciones sentadas por Gustavo III (7).

Entre tanto, habían comenzado ya las operaciones militares. El encuentro que en 11 (22) de junio, tuvieron las dos escuadras, rusa y sueca, en Dagerort, no tuvo consecuencias, pues los suecos, teniendo en consideracion los párrafos de la Constitucion que se referían á las condiciones dentro de las cuales debía comenzarse la guerra, no se atrevieron á atacar. La toma de la escuadra rusa hubiera sido una gran derrota para Rusia, y para Suecia una brillante inauguracion de las operaciones militares. Pero era difícil, aun para Gustavo III, salir del dilema que se le ofrecía de Constitucion ó dictadura (8).

Se censuró al rey que ordenara á su escuadra hacerse á la vela, sin esperar á que la rusa hubiese entrado en el Mediterráneo; pero es dudoso que Rusia se hubiera decidido entonces á enviar la proyectada expedición á aquel mar. Además el servicio prestado al sultan, servicio que á los ojos de Europa tenia el carácter de heroica hazaña, consistía en tener en jaque á la Rusia en el Norte para auxiliar en el Sur «al hombre enfermo.»

En la contestacion que dió Catalina á la declaracion de Suecia, se habla de una fábula sueca: Gustavo pretendía que los rusos habían sido los primeros en atacar á Suecia en las fronteras de Finlandia, en contra de lo cual dijo Catalina que un puñado de suecos, vestidos con uniformes rusos, habían incendiado una aldea finlandesa para tener un pretexto de comenzar las hostilidades contra Rusia. Motivos hay para sospechar que Gustavo III apeló á este miserable ardid con el objeto de salvar las apariencias y excusar su falta de respeto á la Constitucion y al derecho (9).

Toda la política de Gustavo III nos demuestra el conflicto que entre los intereses de Suecia y los párrafos de la Constitucion del país existía, conflicto que los golpes de Estado y

(6) Véase mi trabajo *Una ópera cómica del año 1788*, en la *Revista mensual báltica*, 1867. La ópera «Gore-Bogatyri» (el monte rico) está impresa en los *Documentos de Catalina*, publicados por Smirdin. Que la burla iba dirigida solamente á Gustavo y no á Pablo ni á Potemkin, como han querido suponer algunos, lo demostró Grot en su libro sobre Gustavo III y Catalina, y yo lo he demostrado suficientemente en la *Revista rusa*, XII, 22.

(7) Acerca del argumento y del contenido de la obra de Catalina, véase mi trabajo en la *Revista histórica*, XXII, 372.

(8) Véanse los detalles en mi trabajo, inserto en la *Revista histórica*, XXII, 391.

(9) Véase mi trabajo sobre la cuestion del suceso del estrecho de Pumala en la *Revista histórica*, XXII, 393-402.

las guerras podían solo terminar: la violencia y la astucia eran medios de salvacion; los hechos heroicos y las intrigas debían conducir al fin propuesto. En esta ocasion se manifestó la doblez del rey, el cual, á pesar de todo, no consiguió engañar á Europa, pues harto se veía que él era el agresor. Esto contribuyó á hacer estallar un motin entre los nobles del ejército, motin que puso á Gustavo al borde del abismo, y que indujo á Dinamarca á hacer una conversion en favor de Rusia. Despues de muchos esfuerzos, consiguió Gustavo dar un segundo golpe de Estado que le permitió romper las hostilidades contra Rusia.

La guerra no tanto comenzó con el enigmático suceso del puente de Wuoldensalmi, cerca del estrecho de Pumala, como con el sitio de la fortaleza de Nyslott (1). Catalina estaba inquieta: el teatro de la guerra no estaba bastante apartado de San Petersburgo, y la emperatriz decía que había sido un gran atrevimiento por parte de Pedro I construir la capital tan cerca de la frontera (2), manifestando además á su secretario particular que Pedro contaba tanto mas con sus propias fuerzas, cuanto que al fundar la capital, todavía no había conquistado á Wiborg. La agitacion de la emperatriz iba, pues, en aumento, y en San Petersburgo se temía que los suecos pudieran, por medio de un golpe de mano, apoderarse de la ciudad.

El sitio de Nyslott fué inútil: la fortaleza difícilmente podía ser tomada, además de lo cual el jefe sueco de las tropas sitiadoras, Hartfehr, se mostró accesible á la influencia rusa, y tomó parte en la confederacion de Anjala que puso fin á las operaciones (3).

Por tanto Gustavo III tuvo que renunciar á la idea de acercarse por este medio á la capital. El ataque por mar tampoco debía tener éxito alguno.

El combate naval de Hoglandia, que el valiente Greigh libró contra los suecos, en 6 (17) de julio, y que fué una victoria de los rusos, porque la escuadra enemiga se refugió en el puerto de Sveaborg, donde fué bloqueada por la rusa, demostró cuán conveniente había sido para los rusos no haber enviado su escuadra al Mediterráneo (4). Greigh fué calificado de «salvador de la capital y de la Livonia (5).» Catalina se burló de Gustavo que pretendía que la batalla de Hoglandia había sido una victoria para los suecos y que, en este concepto, había mandado celebrar funciones religiosas. La emperatriz, antes de la batalla, se había quejado de opresion en el pecho, pero al recibir la noticia de la victoria dijo que se sentía mejor. Gustavo se había propuesto, una vez conseguida la victoria, atacar á Cronstadt, acampar en Oranienbaum y dirigirse á San Petersburgo; pero aquel plan fracasó por completo.

El objeto principal de las operaciones militares de los suecos era apoderarse de la fortaleza de Frederikshamn. Durante los preparativos del sitio estalló el motin que dió origen á la confederacion de Anjala: los oficiales se negaron á combatir, fundándose en que sin el consentimiento de los Estados la guerra ofensiva era ilegal, y unos cien de ellos pidieron su licencia y se dispusieron á regresar á su patria. El rey se vió acosado para que firmara á toda prisa la paz, pero rechazó la proposicion, calificándola de «suicidio.» En

(1) Véase la descripción de los sucesos de la guerra en mi trabajo, *La guerra de Rusia y Suecia*, San Petersburgo 1869 (ruso).

(2) Chrapowitsky.

(3) Véase mi libro ruso, 88-96.

(4) La narracion mas detallada de la guerra marítima, se encuentra en Solowatschoff, *Las operaciones de la escuadra rusa en la guerra ruso-sueca*, 1788-90. San Petersburgo 1871. Relacion de Greigh en la *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XXVII, 506.

(5) Blum II, 106, *Archivo de los príncipes Woronoff*, XII, 62.

las aldeas de Likala y Anjala se organizó entonces la oposicion contra el rey. La confederacion de Anjala en nada se diferenciaba de las que en Polonia se habían organizado y que fueron causa de la desmembracion (6). Concibióse la idea de dirigirse á Catalina, y se firmó una solicitud en la cual los oficiales declaraban que Finlandia deseaba vivir en paz con la emperatriz, pero al propio tiempo pedían la retrocesion de la parte de aquella provincia que en 1743 había pasado á poder de los rusos. En otra solicitud dirigida al rey, pidieron los oficiales que firmara cuanto antes la paz y convocara una Dieta que estableciera una forma de gobierno sólida. Al propio tiempo, los confederados publicaron una declaracion dirigida á sus compatriotas protestando contra la guerra por considerarla ilegal.

De esta suerte se realizaba la reaccion contra el golpe de Estado de 1772. La confederacion de Anjala puso fin á la campaña. «Nuestra fama ha quedado para siempre destruida, exclamó Gustavo: ahora solo espero la muerte de manos de un asesino.» Entre los amotinados se pensaba en una Finlandia independiente; pero la mira principal era el restablecimiento de los derechos de la nobleza. El rey estaba amenazado de grave peligro, y llegó á pensar en abdicar la corona; pero renunció á esta idea, diciendo, con su malicia acostumbrada, que esperaba salvarse por medio de la astucia. Escribió al conde Stedingk que prefería ser víctima de los enemigos interiores á sucumbir al yugo de la emperatriz, y dijo, como Francisco I, «todo se ha perdido menos el honor (7).» La suerte del rey dependía principalmente de sus relaciones con los estados medio y bajo de Suecia y del éxito de la guerra con Dinamarca que entonces se comenzaba. Para los confederados era importantísima la cuestion de ver qué actitud tomaría la emperatriz enfrente de la rebelion militar.

Repetidas veces se ha dicho que la confederacion de Anjala se había organizado bajo los auspicios de Rusia; sin embargo, Catalina, cuando se le presentó en San Petersburgo el mayor Jägerhorn, portador de la solicitud de los principales conjurados, no pareció tener noticia alguna de lo sucedido en el campamento sueco (8).

Catalina vió en la insurreccion del ejército de Finlandia un auxilio que Dios le enviaba (9), y resolvió utilizar aquellas tendencias revolucionarias. A este fin entró en negociaciones con Jägerhorn y conferenció con Strengporten. Es cierto que Jägerhorn trabajó en San Petersburgo para conseguir la separacion de Finlandia de Suecia; pero tambien lo es que no tenia autorizacion para tratar sobre esta base. Catalina concibió la idea rápidamente y Sprengporten mostró gran actividad para su realizacion: no hacia mucho tiempo que la «independencia» de Crimea había llevado consigo la anexion de esta península, y lo propio podía suceder en el Norte.

Catalina estaba muy contenta y participó á algunos de sus amigos íntimos la noticia de la rebelion del ejército de Finlandia, riéndose del rey Gustavo, en compensacion de las enfermedades que por causa de este había sufrido. Sin embargo, guardaba cierta circunspeccion; así, por ejemplo, la contestacion que dió á la solicitud de los rebeldes no estaba firmada. Entonces comenzaron á nacer animadas relaciones entre los rusos y las tropas de Gustavo III.

(6) Véase mi monografía sobre la Confederacion de Anjala en Finlandia (1788) en la *Revista mensual báltica*. Nueva serie, I, 309-376.

(7) Stedingk, *Memorias*, Paris, 1844, I, 121. Algunos detalles se encuentran en mi trabajo, pág. 328.

(8) Mi citado trabajo sobre la confederacion de Anjala, pág. 329.

(9) Así se expresa Chrapowitsky.